

LUCES Y SOMBRAS EN EL DESARROLLO DE TÉCNICAS DE RIEGO

El reconocimiento de que los avances científicos tienden a sostener el progreso es casi una tautología. En contraste, podría parecer sorprendente la afirmación de que el desarrollo de algunas técnicas contraponen el riesgo de retrocesos importantes a la oportunidad de avanzar. Es, sin embargo, el caso de diversas técnicas para la explotación de aguas de riego, cuando son utilizadas de forma inapropiada.

Entre las oleadas que han arrastrado a las técnicas de riego, hay que destacar la que comenzó a sentirse hacia los años sesenta, cuando el desarrollo de los plásticos hizo viable la distribución localizada de agua. El progreso así experimentado, integrado con otros en materia de perforación de acuíferos profundos, de bombeo, de transporte de agua a presión y de programación y automatización de las operaciones correspondientes, ha enriquecido el potencial de los sistemas de riego para controlar el uso del agua. Por otra parte, también han sido notables los avances recientes en técnicas de cultivo. La respuesta productiva del regadío ha sido espectacular. Al considerar además, que, por diversos motivos, la disponibilidad de suelos regales no sólo ha disminuido, sino que se ha visto sustancialmente aumentada, se comprende la tendencia al incremento de la superficie de riego. El contrapunto viene dado por la escasez de recursos hídricos disponibles y por las dificultades a vencer para explotarlos racionalmente, aparte de la incoherencia de destinarlos a sostener la producción de excedentes agrarios.

Ante la demanda decreciente de agua, era previsible la tendencia al aprovechamiento ad libitum de todas las técnicas disponibles para explotar las reservas. En consecuencia, no puede sorprender que la capacidad prácticamente ilimitada para proceder a perforaciones muy profundas, así como a los correspondientes bombeos, con sistemas cuya capacidad también puede ser muy grande, haya venido a significar la sobreexplotación de acuíferos, hasta el punto de arriesgar la permanencia de la floreciente agricultura que, paradójicamente, sostienen. El potencial que muchos sistemas de riego ofrece o para controlar la distribución del agua tampoco es, en sí mismo, garantía de que ésta es aprovechada debidamente. Lógicamente, y en resumen, los resultados a obtener dependen tanto de las instalaciones en sí como de que son objeto por parte de los regantes.

Está relacionada con los comentarios que anteceden la situación paradójica que viene resultando en gran parte del extenso secarral español y, sobre todo, en el del arco suroriental, en la costa mediterránea. Avances como los arriba mencionados, debidamente aprovechados, hacen posible proyectar e instalar sistemas de riego que ofrecen la flexibilidad necesaria para que el regante pueda, antojar su manejo. Además, ofrecen criterios para asesorar a los agricultores hacia tomas de decisión adecuadas a los requerimientos del sistema suelo-planta-atmósfera. Y, finalmente, pero no lo menos importante, proporcionan criterios y medios para asegurar el seguimiento y control de las reservas de recursos, cuestión cuyo alcance social no precisa comentarios. Por el contrario, indebidamente utilizados pueden llevar a que la riqueza agrícola tenga la vida efímera de las estrellas fugaces.

Asegurar la sostenibilidad del riego equivale a usar el agua estrictamente necesaria, en un marco de respeto ambiental. Ante el riesgo de tocar fondo, agotando o contaminando los recursos, es obligada la aplicación correcta de las técnicas disponibles, lo que es, a veces complejo o costoso. Puesto que el regante no siempre está suficientemente incentivado para ello, parece obligado a impulsar una permanente puesta a punto de órganos técnicos y administrativos que impongan el uso racional del agua que da vida a su agricultura.